



CAPÍTULO PRIMERO

SEMEN

En mi pueblo, las calles huelen a gorrino y están infestadas de humanos lenguaraces con cerebro de rata y costumbres de borrego. Soy un cateto de diecisiete años que apenas salió de la comarca, pero estoy convencido de que no hay otro lugar en el mundo con mayor densidad de cretinos por kilómetro cuadrado. La Tierra es inmensa, ancha es Castilla y maldita es la suerte que me trajo a este agujero. Por culpa de un mal fario perpetuo, una aciaga alienación estelar o cualquier otra causa que se me escapa a la razón, nací con el gafe a cuestras; lo siento en el ADN, incrustado como una lapa que me susurra al oído que soy una lamentable nulidad.

No vine al mundo con un pan bajo el brazo, traje una larga lista de judiadas que se ha cebado conmigo hasta el presente. Me endilgaron el nombre de Aquiles para honrar a mi bisabuelo, que, además, me transfirió el apodo Entrecoz. Tras la Guerra Civil, el bisabuelo Aquiles se marchó del pueblo y estuvo unos años en Francia por causas que desconozco. A su regreso, con nuevas ideas para modernizar el negocio, tomó las riendas de la carnicería de su padre, un operario del matadero que renunció a degollar marranos para venderlos despedazados en su propio establecimiento. Durante cuatro generaciones, el linaje de los Entrecoces ha despachado carnaza a porrillo en la comarca de la Baja Maraña.

Cuentan las malas lenguas que el bisabuelo Aquiles importó de *Gabachilandia* el término *entrecôte* para hacerse el importante. Los del pueblo, bellacos por natura, pusieron en solfa al primero de los Entrecoces y, con el correr de los lustros, la tradición me recibió en el paritorio con un mazo del quince que me abrió la mollera: soy Aquiles Entrecoz Segundo, heredero al trono del negocio familiar hasta que, hartado de mamar carnicería, decidí labrarme mi destino.

En la Baja Maraña, los chavales se agrupan en pandillas para sentirse fuertes y joder al prójimo. Los que estamos al margen lo sabemos por experiencia. En cada pandilla, la fuerza del grupo determina la importancia de cada uno de sus miembros, que pululan como moscones de colores metalizados en busca de mierda o carne podrida. Ocurre en toda la comarca; cada barrio engendró una pandilla con denominación de

origen y, con el paso de las décadas, las hornadas de mancebos se esfuerzan en honrar el legado de sus antecesores. El resultado es patético, pero ellos no lo saben porque están en el epicentro del bullebulle hormonal. En mi caso, una ristra incalculable de pescozones, agravios y vejámenes me desplazó hasta un lugar donde pude cobrar conciencia de la extrema gilipollez que carcome sus cerebros adolescentes.

Por correspondencia geográfica, pertenezco a la pandilla de Los Matarifes, pero, por herencia genética y otras cuestiones de índole sociológica, me corresponde ser un cero a la izquierda. No encajo en ninguna parte, ni siquiera en casa; me siento ninguneado desde que tengo uso de razón. Soy blanco para las burlas, negro para los desprecios y gordinflón invisible para las apetencias sexuales de las chavalas que me alteran la sangre en cualquier estación del año. Las pijitas, sobre todo; limpias, perfumadas, estilosas y bien dotadas, orbitan alrededor de mis febriles deseos, y sus rostros, dientes y cabellos fulguran como las estrellas de Orión en un firmamento inalcanzable donde las pandillas se instituyen conforme al dinero o la alcurnia familiar.

En clase, los excretados nos agrupábamos por mera inercia. No teníamos rango de pandilla, pero la empatía de nuestros semejantes nos servía de consuelo. Al compartir disgregación y etiquetas despectivas, estrechamos lazos y, en el último trimestre, el grado de complicidad que nos vinculaba era lo más próximo a la amistad que habíamos experimentado en nuestras vidas.

Junto a mí se sentaba Beltrán Cabezudo. El carácter condenatorio de su apellido, en consonancia con el calibre de su testa, justificaba el pitorreo generalizado del que Beltrán era objeto desde la más tierna infancia. Su propia madre, preocupada por la acción de la gravedad, todavía le recuerda que no se asome a las ventanas. De pequeños nos advierten a todos, pero, a partir de cierta edad, pobre del portador de un almendruco cuyo peso da lugar a las cautelas maternas.

Aunque el problema más gordo de Beltrán no residía en el volumen, sino en el contenido de su pistacho acorazado: tenía demasiados pájaros en la cabeza. Las pandillas no valoraban que fuera un as de la Super Nintendo, un fanático del anime, un flipado de las odiseas intergalácticas —le tenía prohibido que me hablara de *Star Trek*— o un pésimo imitador de los locutores de *Humor amarillo*.

El Chino se sentaba detrás de mí. En todos los pueblos de la comarca había uno o varios chinos. Bastaba con una ligera elongación en los pliegues de los párpados para que el vulgo te endilgara el mote de marras. Nuestro chino era de verdad, chino chino, con la piel blanquecino-amarillenta, el pelo azabache, la cara redonda, la mollera

cuadrada, la nariz plana y el pene insignificante; tanto como el mío o incluso más. En esta peliaguda cuestión, como en tantas otras, me había vuelto a tocar la china. Antonio se lo merecía, por chino, pero ¿qué había hecho yo para merecer una birria de pilila?!

Antonio fue un regalo de Reyes. Llegó al pueblo con cuatro añitos, a principios de enero, y se convirtió en el juguete de la vecindad. El nombre español se lo puso mi tía abuela Antonia, que en paz descansa. No anduvo atinada; el verdadero nombre del querubín era Wang Chao y en el pueblo lo apodaron Juan Chao. Salvo sus padres, nadie lo llamaba Antonio. Los del insti le decíamos Chino, las muchachas ni lo mentaban y los mayores, para distinguirlo de otros chinos de la comarca, se referían a Antonio como *el chino chino*. «Chao, Juan Chao, no te peines que no te vienes», le decían los de su barrio para indicarle que se pirase. No aportaba gran cosa al grupo. De pequeño molaba por ser la novedad, pero no supo integrarse o lo rechazaron por sus peculiaridades o vete tú a saber. El caso es que era un pringado y un tremendo pajero, tanto o más que Beltrán y yo, si teníamos en cuenta el número de espinillas.

Remigio Robledillo, compañero de pupitre del Chino, se sentaba detrás de Beltrán y completaba el cuadrado de excluidos. Rechoncho, paticorto y barbilampiño, Remigio era el paria de los parias, el más tonto con diferencia de los cuatro; si es que alguno lo éramos, como trataban de demostrar los licenciados comemierda que se creían superiores a nosotros por dar patadas a un balón, coces a otros chavales y lengüetazos en los pezones de las guarrillas del instituto.

Tonto no lo sé, pero imbécil era un rato. Aun así, no lo tratábamos mal, teniendo en cuenta lo plasta, mojigato y pánfilo que era Remigio. Su padre, un elemento de mucho cuidado, era el típico madero que cacheaba a los jóvenes en busca de drogas blandas u otras oscuras satisfacciones; a las chicas también las manoseaba y, linterna en mano, acosaba a los tortolitos que se enrollaban en los coches. El muy pervertido, amparándose en sus labores de control, se acercaba a las ventanillas y husmeaba con lujuriosas intenciones. Tal era su fama y tales los privilegios que le permitían ojear la desnudez de las mancebas que me hacían soñar despierto y erección en mano.

—Ohhhhh, ¡qué peste! —oí a mis espaldas.

Estábamos en clase de Lengua. El mocerío, medio dormido por las explicaciones de la profe, se levantó entre risotadas y protestas.

—¿Quién ha sido el mamonazo?! —gruñó alguien de camino a las ventanas.

Beltrán y yo nos pusimos en pie e intercambiamos cómplices miradas.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó el Melenas, que sufría una alopecia galopante. En ocasiones como esta, en vez de acudir a las ventanas, se tiraba al suelo; en parte por hacer la gracia y en parte por la creencia de que los gases innobles pesan menos que el aire y ascienden, para alivio del Melenas y sus napias de guiñol.

—¡Qué mierdas papeáis en casa! —soltó Toni Torralba.

Torralba ignoraba que el autor de las ventosidades más temibles de la clase papeaba mierda amarilla a tutiplén. Los cuescos del Chino eran inconfundibles, pero le guardábamos el secreto y él actuaba como una estrella del celuloide.

—¡Alguien está podrido! —se quejó el Chino con el fingido disgusto que lo apartaba del centro de las sospechas.

—Ya está bien, ¡volved a las mesas! —gritó la profe.

Ni puñetero caso. Nos partíamos de risa asomados a las ventanas; todos menos el timorato de Remigio, que, incapacitado para la desobediencia, se comía los pedos del alumnado sin menearse del asiento. Beltrán Cabezudo acudía a la ventana, pero no sacaba la gaita; la agorera voz de la madre era un fantasma psíquico que mantenía a fuego lento el infernillo de sus traumas.

—Mirad, ¡va a correr la Zorrilla! —gritó el Pitufu, una lumbrera de metro y medio que, en un examen de ciencias, a la pregunta «cita una clase de protozoo» respondió «la jirafa».

En un costado del instituto, donde aparcaban los profesores, un amplio espacio cementado hacía las veces de pista de atletismo. Estaban reformando el pabellón deportivo y, mientras tanto, el profe de gimnasia cronometraba las carreras en aquella desnivelada superficie. La siguiente en correr era Eva Zorrilla, y los de clase, entre risas nerviosas y comentarios jocosos, lo celebraban.

Tres años después de Barcelona 92, la incipiente cultura del esfuerzo palpitaba impetuosa en los jóvenes del país. Eva Zorrilla, imbuida de este espíritu, apretó los dientes con afán competitivo y salió disparada como una flecha sexual. Sin aparente preocupación por el vaivén de sus enormes y ansiadas tetas, atravesó al galope nuestro campo de visión. Sonrisas, risitas y risotadas escoltaron el esprint de puños cerrados mientras los ojos de hiena, entre risueños, zigzagueantes, morbosos y excitados, siguieron la evolución del fascinante bamboleo que se detuvo en la línea de meta.

—¡Esto es intolerable! —La profe insistía en llamarnos al orden—. ¡Volved a vuestros asientos o aviso al jefe de estudios!

Mosqueada, Eva Zorrilla alzó la vista y provocó la bulliciosa estampida de las hienas congregadas en las ventanas. Regresamos a los pupitres con la secuencia grabada en la memoria para futuras secreciones lechosas.

—¡Lo que te has perdido, Robledillo! —voceó el Pitufó con eufórico semblante.

—¡Qué pardillo eres! —agregó Bernardo Pappolla, un zoquete de ascendencia italiana cuyo talento para repartir hostias lo había acomodado en la pandilla de Los Chungos. En cierta ocasión, a la pregunta «dónde están las amígdalas» respondió «en los costillares».

Remigio Robledillo se limitó a encogerse de hombros con cara de memo. Era un inepto de campeonato, un bendito adoctrinado que rezaba para expiar unas culpas inexistentes. Su immaculado cutis ponía de manifiesto que no tiraba de manivela. Para Remigio, los alivios manuales debían de ser un pecado que te marcaba con el estigma de la erupción facial. No me lo imaginaba zumbándose.

—¿Os parece divertido?! ¡Al jefe de estudios no le hará tanta gracia!

Mientras la profe nos cantaba las cuarenta, el rostro afrentado de Eva Zorrilla se intercaló en mis pensamientos. Qué bochorno. Poseído por la agitación hormonal, me había comportado como los demás trogloditas. Con sonrisa de circunstancias y cómplice silencio, acababa de contribuir a la burlesca cosificación de la pobre Eva, que, reducida al bamboleo de sus mamarias protuberancias, había sido objeto de escarnio sexual. Al peso del apellido Zorrilla había que sumarle el de las tetas más codiciadas del instituto, que dejaban un rastro de envidias, intrigas, deseos y tocamientos —*mea culpa*— más largo y chismoso que un culebrón televisivo.

Para más inri, un guaperas incomprendido que tonteaba con la Zorrilla tenía nombre de divo novelesco: Jess Lamas. A los molones, por razones estéticas vetadas para los parias, se les permitía maquearse el nombre. En el caso de Jess Lamas, la versión inglesa de Jesús y el apellido de galán le otorgaban un halo chulesco de encanto y rebeldía que, limando las aristas de sus carencias intelectuales, lo convertía en un serio candidato a emparejarse con Eva. La guasa del asunto residía en que el enlace entre ambos resultaba ignominioso para la hipotética progenie, sobre todo, en el caso de que tuvieran una niña: Lamas Zorrilla.

—¡Qué tetazas, Dios! —oí por detrás.

—Verás qué homenaje en cuanto llegue a casa —dijo otro por lo bajini.

—¡Que os calléis! —La profe contrarrestaba su ridícula voz nasal con acalorados ademanes que pretendían infundir respeto. Lejos de conseguir el efecto

deseado, provocaba un creciente pitorreo que los de clase no reprimían. Cuanto más alzaba la voz, más colorada se ponía la profe Julia y más risas contenidas explotaban en forma de pedorreta.

Me disgustaba el cachondeo que se traían con la profe; gracias a ella, las letras hispanas me habían endulzado la vida con joyas de la picaresca como *El Buscón* de Quevedo o *El Lazarillo de Tormes* —el Melenas afirmó en el examen oral que el autor de *El Lazarillo* era Tormes—, novelas de obligada lectura que para mí fue un placer devorar. En la tercera evaluación, debíamos aprender el *Quijote*; los de clase, cada vez que la profe nos lo recordaba, se quejaban como nenazas. Por lo que a mí respecta, estaba enfrascado en la lectura de la segunda parte, enamorado de las sandeces de don Quijote y, sobre todo, de los coloquios que sostenía con Sancho Panza. En el trabajo de fin de curso, mi evidente superioridad en el campo de las letras saldría reforzada; por el contrario, la necedad de los criados entre gorrinos que se burlaban de la profe quedaría retratada en atroces redacciones llenas de erratas, gazapos y disparates.

Éramos un atajo de gañanes, nos habíamos ganado a pulso ser la morralla del sistema educativo. En nuestro caso, la última promoción de la rama de Electricidad y Electrónica. Para borrarlos del mapa, estaban sustituyendo la formación profesional por módulos especializados que, según nos dijeron, harían más efectiva la incorporación al mercado laboral. Pamplinas: el Ministerio de Educación, o el Gobierno al completo, quería aplicarnos la ley de vagos y maleantes.

—Bernardo, ¡a la pizarra! —En un nuevo intento de amansar a las fieras, la profe cambió de tercio.

Bernardo Pappolla se levantó con cara de guindilla en vinagre. De camino a la pizarra, sacudió una colleja a Remigio.

—Bernardo, ¡al despacho del director!

—No, profe, al director no; me dijo que a la siguiente me expulsaba del insti.

—¡Mejor, que te aguanten tus padres!

—Pero...

—¡Que te vayas ahora mismo!

Ante la mirada condenatoria de la profe Julia, Pappolla cogió la carpeta y salió de clase, escoltado en todo momento por risitas y bisbiseos.

—¡Callad! Tú, ¡a la pizarra! —La profe señaló a Toni Torralba, uno de los gamberros más insignes del IFP Baja Maraña, que también daba cabida a la recién implantada ESO y al Bachillerato; un regalo caído del cielo en forma de docenas de

chavalas que nos alegraban la vista en los recreos y los cambios de clase. Éramos los clásicos gañanes que se hacían los indiferentes, pero andábamos ojo perdiz, a la caza de apetitosas curvas y facciones que registrábamos en la memoria con fines censurables por la Santa Iglesia.

La profe escribió una frase en la pizarra y pidió a Torralba que la analizara. Este respondió al desafío con ojos desdeñosos, y una media sonrisa de cinismo y rebeldía.

—Lee la frase en voz alta —ordenó la profe Julia—. Quiero asegurarme de que al menos sabes leer.

Murmullos y risas turbaron a Torralba. La profe había encontrado su punto débil y lo miraba como si fuera tonto. No había otro modo de mirarlo sin faltar a la verdad, y Julia no estaba para andarse con fingimientos; su boca callaba, pero sus ojos saltones se expresaban con nitidez cristalina: ¡Eres tonto, chaval! Si no fuera por la mirada de anfibio, los dientes de roedor, el pellejo de reptil, la quijada de primate, la ausencia de senos y el empaque de rumiante, me habría enamorado de la profe Julia. Pero a los hombres —¡cómo somos los hombres!— nos pirran las facciones simétricas, las formas proporcionadas y las carnes voluptuosas en su justa medida.

Eva Zorrilla volvía majareta a cualquiera; verla significaba enfermar de pasión hormonal. La primera vez que me dirigió la palabra casi me desmayo. La voz se me anudó en la garganta, los párpados me temblaron y los nervios me brincaron en las entrañas como un enjambre de langostas. Fue alucinante. Jamás hubiera imaginado que una hembra como ella pudiera interesarse por un despojo mofletudo. Interesarse en un sentido humanitario, amistoso, caritativo o lo que fuera; el caso es que era digno de recibir su atención. Un intercambio de saludos, por lo general, aunque a veces me regalaba unos alientos perfumados con intervalos de palabras, sonrisas, risillas e interjecciones sintomáticas de simpatía e incluso de cariño, por mucho que dijeran los de clase que la Zorrilla se reía de mí. «Conmigo», replicaba yo, sin entrar al trapo de sus palurdas y envidiosas provocaciones.

Al salir de clase, dimos esquinazo a Remigio y nos pasamos por el restaurante del Chino. Los lunes y los jueves, su padre nos preparaba una bolsa de succulenta mierda amarilla —a lo que ya no podía vender, el Chino, Beltrán y yo le dábamos salida por el ojete—. El nombre oficial del padre era Javier, pero le decían el Epañol. Era un tipo risueño, dicharachero, patizambo y delgado, aunque ligeramente panzudo. Nos entregaba la mierda amarilla en la puerta de atrás del restaurante, donde solía esperarnos en compañía de un pitillo arrugado y una lata de cerveza de tres al cuarto.

—A mí me guta epañol —nos repetía las mismas cosas—. Chino ta loco, to' el día tlabajando pala na'. A mí me guta epañol, celvecita y siesta.

—Di que sí, Javier —convino Beltrán.

—Tú sí que sabes —añadí palmeándole la espalda.

—Ya pienso yo —dijo Javier satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo va el negocio? —preguntó Beltrán.

—Ohhhh, el negocio mantene. Ahola tlabajal pa' mantene. No ganal dinelo. Lo justo pa' vivil. Pelo mejol que China. Uhhhhh. —Ladeó la cabeza con los ojos cerrados—. China más tlabajo y menos dinelo.

—¿En qué parte de China vivías? —quise saber.

—Buuuuuh, a tomal pol culo. En pueblo chico. Seis holas autobús a Shanghái; dos holas avión a Pekín. Aquí mejol. Antonio mejol con vosotlos. En China, pobles.

Se llevó a los morros la lata de cerveza.

—A mí me guta epañol. Celvecita. Ohhh, dos litlos, dos litlos me bebo al día. A mujel no guta, pero yo epañol.

—Papá, nos vamos. —El Chino, visiblemente abochornado, remató la charla y allí dejamos al Epañol con la sonrisa, el pitillo y la cerveza.

Los padres de Beltrán Cabezudo eran comerciales y no paraban en casa. Teníamos su permiso para papearnos la mierda amarilla y lo hacíamos en la mesa de la cocina. Como de costumbre, los envases semitransparentes contenían arroz tres delicias, tallarines con ternera —o con perro, jabato, nutria, mapache o lo que rayos fuese—, cerdo agridulce y pollo al limón. Los clásicos, vaya, aderezados con salsa de soja y buenos mendrugos de pan chino.

—¿Tú no te habías hecho vegetariano? —me interrogó el Chino.

Con la pinchada de cerdo agridulce a unos centímetros de la boca, respondí de mala gana:

—Sí, pero no.

—¿En qué quedamos? —intervino Beltrán.

—En casa llevo dos semanas sin comer carne, pero aquí me lo permito.

Me miraron con extrañeza.

—Os lo cuento, pero no digáis nada —advertí con la ingenuidad del que confía en que le guarden un secreto.

—Somos una tumba —dijo Beltrán con aparente convicción; el Chino asintió con la cabeza.

La necesidad de desahogo se impuso a los recelos:

—Quiero ser vegetariano para joder la marrana en casa. La que se ha montado. Me tratan como si fuera un traidor y mi viejo, ese animal con ojos, está que se sube por las paredes. ¡Que se joda!

—¿Por qué quieres fastidiarlo? —preguntó Beltrán con la boca llena.

—Bah, no quiero hablar del tema. ¿Te vas a comer eso?

—Pilla.

Cogí el último chusco de pan chino que quedaba sobre la mesa y me centré en deglutir. No dejé ni un grano de arroz. Beltrán y el Chino, mientras tanto, hablaron de *Los caballeros del Zodiaco* y salimos a la terraza.

—Al lío —dijo Beltrán, y repartió el papel de cocina que había desenrollado previamente—. Joder, ¡qué peste! —protestó al arrimarse al Chino—. ¡Ya te has vuelto a *foguear*!

—Me prohibiste hacerlo dentro del piso; en la calle, puedo.

—¡La terraza no es la calle! —refutó Beltrán.

—¡Estamos al aire libre!

—Mirad —los interrumpí—, ahí viene vuestra chica.

Pospusieron la riña y ocuparon sus puestos. Silvia Lindo Conejo, la chavala más finolis y estudiosa del pueblo, era un ángel rubio de ojos azules cuyos traidores apellidos delataban, sin tapujos, lo que podía deducirse ante su hermosa carcasa. Qué piel, qué caderas, qué culito respingón y qué piernas torneadas. Lo malo es que estaba casi plana y demasiado flaca. Se ajustaba mejor a las apetencias del Chino y Beltrán, que alzaron los prismáticos y se palparon el manubrio —el gusano, en el caso del Chino— con furtivo entusiasmo.

Desde nuestro nido de halcón, un sexto piso con rejilla y jardineras en la baranda, nos recreábamos en la contemplación de los bombones que frecuentaban la piscina comunitaria. Cada mochuelo, camuflado entre el follaje hogareño, se acomodaba en su cojín y se entregaba al placer de la carne. Tomé asiento y me armé de paciencia. Nos turnábamos los prismáticos por culpa de mi viejo, que se negaba a comprarme unos por haber repudiado la carnicería. «Al enemigo ni agua», sentenciaba.

El polen de los plataneros que cercaban la urbanización activó mi mente calenturienta. ¿Qué pasaría si nos reprodujéramos como los árboles? En primavera, los nabos de los jóvenes, mayores y viejos verdes se asomarían a las ventanas, terrazas y balcones para descargar semillas lechosas sobre la población femenina. En tales

circunstancias, el contacto del semen con la piel sería más que suficiente para que la hembra quedara encinta. «Ponte el chubasquero», dirían las mamás a sus hijas temerosas de la *preñadura*. Mi principal objetivo sería Eva Zorrilla. En el insti, estudiaría sus desplazamientos y, en los cambios de clase, cuando se pusiera a tiro, arrojaría mi descarga por el hueco de la escalera. No sería el único, desde luego; en su afán de polinizarla, decenas de gañanes apuntarían con sus vergas a la Zorrilla. Apiñados en las barandas de los rellanos y escaleras, aguardarían el paso de la flor más codiciada para expulsar los chorretones en múltiples trayectorias oblicuas, que se cruzarían en el aire como el polen de los plataneros. Eva Zorrilla y su grupito de íntimas, acosadas por las lluvias de esperma, tendrían que extremar precauciones: guantes, mascarilla, gafas de protección y chubasquero con capucha.

—¡Qué tetazas, Dios! —exclamó con sigilo Beltrán.

La Zorrilla estaba al borde de la piscina, hablaba con Lindo Conejo y otras dos chavalas. El Cabezudo había roto nuestro pacto de caballeros.

—Oye, cabronazo, ¡no mires a la mía! —le advertí.

—¿Desde cuándo es tuya?

—No te hagas el sueco. Habíamos quedado en pajearnos cada uno con la suya. Céntrate en la Conejo. ¿No dices que es la tía más buena de la Baja Maraña?

—Unas veces apetece carne y otras, pescado —terció el Chino.

—¡Cabrones! —me quejé. Ambos se la estaban cascando a la salud de mi chica—. ¡Pasadme los prismáticos! —añadí. Nada, ni puñetero caso.

Eva lucía el biquini azul cielo; qué bárbaro. A pesar de la considerable distancia, los melones se apreciaban sin necesidad de prismáticos. Me puse al tema.

—Oye, Beltrán, me inquieta no tenerla lo suficiente larga.

—No te preocupes.

—Claro, no te jode, como tú vas sobrado.

—A mí no me preocupa —afirmó el Chino—. La sexóloga de la tele dijo que el tamaño no importa.

—Pero habrá que llegar a unos mínimos —objeté.

—Tranquilo, mi padre me dijo que le funciona bien, y la suya no es más larga que la nuestra.

—¿Se la has visto? —preguntó Beltrán.

—Hinchada no.

—¿Entonces? —intervine.

—Le pedí que se la midiera para comparar. Tranquilo, daremos la talla.

El testimonio del Chino era esperanzador, pero no acababa de convencerme. Expresé mi desconfianza:

—Funcionar está claro que funciona, pero ¿el nabo de tu viejo da placer? He aquí la cuestión. ¿Has visto cómo gimen las putillas de las cintas? Los fulanos que se las tiran disponen de miembros formidables, pero tu padre y nosotros...

—Mi madre está contenta —concluyó el Chino.

—Ah —pronuncié sorprendido—. En tal caso...

—Toma. —Beltrán me pasó los prismáticos.

Busqué a Eva. Se había metido en la piscina. Nadaba, en solitario, a estilo maruja. La B no era la mejor de sus caras, pero yo era un chico fiel.

Si te gusto lo que leíste, ¡aprovecha el precio especial de lanzamiento y reserva tu eBook por solo 2,69!

Reservar